

Aspectos psicológicos de la guerra aérea dignos de meditar

Por José M.^a Aymat Mareca
General del Aire

Van pasando los meses, y la guerra actual no acaba de terminar. Y ello, a pesar de la superioridad incontrovertible del Ejército alemán, tanto de tierra como aéreo, para el último de los cuales nada importan las escasísimas millas de mar que defienden Inglaterra. ¿Es que va a tener que sufrir la Humanidad otra cruel y larga guerra de desgaste, cuando la guerra relámpago, la blitz-krieg, parecía abrir la esperanza a la genial y humanitaria obra de arte militar que la terminara pronta y brillantemente?

La superioridad alemana no es posible ponerla en duda; el infortunio del diktat de Versailles aguzó su ingenio, templó su espíritu, que, con gran anticipación a sus adversarios, se preparó para la guerra en términos que no admiten comparación, sin que la improvisación de Norteamérica pueda cambiarlos.

La campaña de Polonia, que en su aspecto aéreo hizo realidad la profecía de Douhet, y la de Francia, sobre el Ejército que no tenía, no ya rival, sino ni comparación cinco años antes, pusieron de manifiesto en su conjunto la eficiencia del colosal Ejército alemán; y en detalles como el empleo de paracaidistas sobre aeródromos, en la toma del fuerte de Eben Emael, en la cooperación a la heroica resistencia de Narvik, en los 87 barcos hundidos durante el reembarque de los ingleses en el Canal, en la destrucción de la Aviación francesa, por centenares de aviones algunos días, en el abandono y rendición de París ante el solo temor de un bombardeo, en la acción, en fin, sobre Creta de estos días, prueban de lo que es capaz la flota aérea alemana y que el espíritu de sus soldados es el mismo que el de esos pelotones que pasan el Rhin por sorpresa, o asaltan los fuertes de la Línea Maginot, o de los Jefes de esas divisiones motorizadas que igual avanzan por los llanos franceses de Amiens a Belfort, que por las abruptas y difíciles montañas de los Balcanes.

Y si es así, ¿cómo la Escuadra inglesa perdura, no diré inmovible, pero sí inmovida?

¿Cómo la Aviación inglesa no es destruida como lo fue la francesa? No se diga que renace, como el ave Fénix, de sus cenizas, porque el Imperio inglés, fuera del alcance de las alas alemanas, la repone constantemente. Como con acertada frase decía el General Crocco en su interesante conferencia "La ciencia en el arte de la guerra aérea", cuando se quiere vaciar un depósito acribillado, pero cuyas pérdidas repone el grifo abierto, o se cierra el grifo (cortar las comunicaciones marítimas, misión difícil de lograr) o se le desfonda, y eso es lo que la experiencia de mayo de 1940 demuestra es capaz de hacer la Aviación alemana.

Malta, Suez, Gibraltar, a pesar de sus defensas, seguramente no mayores de las acumuladas en Flandes, ¿cómo pueden aguantar?

Y no es que las fuerzas aéreas se estén reservando, como las circunstancias obligan a reservar la Escuadra inglesa.

La confesión en el Roll-of Honour de los 9.741 caídos de la R. A. F. hasta el 9 de abril, sin incluir los de la Avia-

ción Naval, que van a otras listas, y el detalle de la eficiencia del Servicio de Socorro Alemán, que en marzo último recogió 224 aviadores caídos en el mar, indican que se lucha con encono por ambas partes.

Para explicar el enigma no cabe acudir a profuso estudio de la Historia. Aviación no la tiene aún a estos fines. Por otra parte, ninguna guerra se ha parecido a la anterior, y la evolución del material y de las ideas (sobre las de algunos geniales precursores, de los que nos cabe la fortuna y el orgullo de contar en altos puestos de nuestra Patria) es tan rápida en el Arma aérea, que no cabe basarse ni en la experiencia inmediata anterior. Sólo subsisten los principios básicos de la estrategia, como consecuencia directa que son de la invariable naturaleza humana.

Acudamos, pues, al estudio de los sucesos a la luz de la doctrina, en crítica que aconsejaba nuestro Generalísimo en la inauguración del curso de la Escuela Superior del Ejército, al decir: "En el análisis de las probias acciones de guerra, coged el módulo de la doctrina, aplicad los principios, y en vuestro fuero interno recibiréis la lección perfecta", y en los comentarios al Reglamento del empleo de las grandes Unidades dice que "el Mando debe tener un exacto conocimiento de las posibilidades de sus medios de acción", y esto, que puede parecer una perogrullada, es interesantísimo de recordar, porque la Historia demuestra que no siempre se ha conseguido, no tanto por olvido como por su real dificultad.

Así la guerra submarina, intentada tardíamente a todo trance por Alemania en 1917, ocasionó sólo la anticipación de la entrada en guerra de los Estados Unidos. Ejemplo éste de sobreestimación de las posibilidades, al que con poca meditación llevó el éxito inicial del hundimiento de los tres cruceros, estimando, en cambio, por bajo, las posibilidades de la defensa.

Tampoco se supo prever todo el alcance que pudo tener el empleo de gases y tanques. Ni, por parte de los aliados, lo poco que pudieron durar Polonia ni la resistencia de Francia, resistencia que en Grecia fue, en cambio, mucho mayor que la esperada por Italia.

Esta falta de exactitud en la medida de resistencias se repite en otras recientes ocasiones, y en casos como el primero citado de la acción submarina de 1917 y en la valoración de la Línea Maginot, con el desencanto consiguiente, llegan a tener una trascendencia enormes.

Encontrándome en Valencia, facilité la investigación de los efectos de los bombardeos del puerto al Teniente coronel Lioy, Director de la Revista Aeronáutica, tan interesante, porque, como decía, la confianza en que determinadas acciones han de producir tales o cuales efectos, puede tener terribles consecuencias si no llegan a producirse. No pude seguir su trabajo, que se había de extender a Barcelona y puertos menores; pero de Valencia pude deducir que, a pesar de los que creo recordar, eran 26 los barcos hundidos, no se interrumpió la importación, y aunque la proporción del

orden del 50 por 100 es cosa que puede dar la sensación de considerable efecto del bombardeo, en verdad no muy intenso, lo cierto es que las necesidades pueden reducirse en proporciones que antes del bloqueo alemán de 1914-18, o de nuestra guerra, podrían considerarse inverosímiles. Las noticias de que se acababa la gasolina roja, tan onerosa de traer por tierra, por incendio de petroleros y depósitos, llenó de esperanzas muchas veces a los pobres nacionales cautivos en la España irredenta; pero el hecho es que los camiones militares y los autos de todos los mandos, altos y bajos, no dejaban de rodar hasta que las bayonetas liberadoras llegaron al Portús.

Y esto debe de ocurrir con el bloqueo que sufre Inglaterra. Una cosa son los números que indican lo necesario, en función de lo que se recibía en los abundantes tiempos de paz, y otra, lo que la dura necesidad y el implacable rigor de las Autoridades determine.

Podrá argüirse que en todos estos casos fueron circunstancias imprevisibles las que produjeron los resultados inesperados, la sorpresa, el azar de la guerra. No; un maestro que sabía lo que escribía de arte de la guerra, porque antes hizo la más continuada y variada que existió, Napoleón, escribía a Fouché: "El azar no hace nada"; y en otra ocasión: "No es un genio quien me revela de pronto y en secreto lo que he de hacer en una circunstancia inesperada; es la reflexión, la meditación"; y nuestro Generalísimo, en los antes citados comentarios, añade: "Es necesario tener previstas en el plan de maniobras las posibilidades de acción enemigas y sus reacciones." Debe preverse, pues, tanto las circunstancias que reduzcan los efectos de un Arma tan nueva como la aérea, cuanto las reacciones, ya materiales para reducirlos o remediarlos, ya morales para aguantarlos sin quebranto, porque si todas las armas, si la guerra misma es ante toda lucha de voluntades, si el Gran Corso pudo decir: "En la guerra las tres cuartas partes de las batallas son morales, las fuerzas reales (traduzcamos mejor, materiales) no entran en la batalla más que con la otra cuarta parte", el Arma aérea, en su singular forma de obrar, eleva al 90 por 100 la trascendencia moral de sus efectos materiales.

Los efectos de sorpresa, la angustia que produce la maniobra sobre las comunicaciones, el terrible "estamos copados", deben todo su efecto a lo que deprimen la moral. Esa retaguardia por donde viene el decaimiento del que se bate en primera línea hasta caer cara al enemigo, he ahí el origen de todas las derrotas, no por el daño que en ella se sufre, sino por el temor que producen en ella las noticias que llegan de las bajas sufridas en los sectores del frente, y el desfile de su evacuación, por donde se produjo en 1917 la caída de Rusia, y en 1918, la de Alemania. En ella obra la Aviación; por eso su acción puede ser tan decisiva, por eso lo ha sido en Polonia.

Pero la cuantía del efecto moral tiene siempre su origen y causa en el efecto material. Si en la rendición de París bastó el recuerdo de Varsovia, Rotterdam y Dunkerke, otras veces será necesario hacer sentir su acción real y efectiva.

Y al aplicarla es donde hay que meditar sobre lo que será capaz de hacer el enemigo; que en el orden moral es difícil hacer conjeturas y hace falta poseer un conocimiento profundo del "hombre", en el país enemigo, tanto en quienes mandan como en quien obedece, y un sagaz instinto para deducir de lo que se conozca las reacciones que habrán de producirse y sobre las que no hay, ni puede haber, noticias concretas. ¡Ahí el genio, el Capitán!

Frente a ejemplos que no citamos, porque están en la mente de todos, surgen una Grecia, una Finlandia, por citar países de esta guerra, y, en casa, un Oviedo, un Bechite, Santa María de la Cabeza, un Alcázar. No debe olvidarse que hay algo indomable a toda acción material, y es un espíritu heroico, que unas veces obedecerá a un ideal inmortal, religioso y nacional de la masa, y otras, el ejemplo o coacción de un Jefe.

En la Doctrina de Douhet se admite como regla que un pueblo bombardeado intensamente obligue al Gobierno a rendirse; pero olvida que si ante la proximidad del enemigo puede el soldado, al huir desmoralizado, tirar sus armas y entregarse, poniendo fin a su temerosa angustia, a cien kilómetros del frente menuda mucha fuerza la policía y tienen mucha ejemplaridad los fusilamientos. Hay que llegar, pues, a producir efectos tales que obliguen a vencer ese temor al más próximo y permanente Gobierno.

Para lograr este efecto, precisa seguir el principio de la concentración de esfuerzos en el punto decisivo, empeñándose con todas las fuerzas disponibles que "nunca se es bastante fuerte en el momento de la batalla" y a fondo, juzgándose todo, cosa ésta más difícil de lo que parece, pues ya Napoleón encontraba a faltar Generales con afición a empeñar batallas; pues el peso de la grave responsabilidad de un resultado decisivo, cuando no se posee una firme confianza en la victoria, es carga abrumadora para un espíritu no elegido por Dios para el mando de un Ejército.

Los bombardeos de Londres, diluidos en la inmensidad de la urbe y su zona industrial y portuaria, y más aún en el tiempo, han habituado a sus habitantes, que se han agueruido ya, y la defensa pasiva, llevada a todo lo perfecto que es posible, hace que se sufran sin grave trascendencia. Puede decirse que hace tiempo el efecto moral desapareció y sólo queda reducido al material.

Algo de esto ocurre con los ataques a la industria y al tráfico marítimo.

La ofensa aérea inglesa sobre Alemania tiene aún trascendencia menor, por ser menores los medios disponibles y mayores las distancias a recorrer.

En todos los casos, porque el momento decisivo no debe haber llegado, no se ha hecho la ofensiva en masa como en Polonia o en la batalla de Francia, y por eso los efectos materiales no han alcanzado toda su magnitud ni ha podido manifestarse su enorme trascendencia moral.

Resumen de todo esto: Debe meditarse sobre:

La preponderancia del efecto moral sobre el material en la guerra aérea.

La necesidad de empeñarse en masa y a fondo, siguiendo los principios inmutables de la estrategia.

El profundo conocimiento de causa preciso para elegir con éxito el objetivo decisivo a batir.

Que al considerar la superioridad de medios, como dice el Generalísimo: "La capacidad táctica del Jefe, servida por la moral y técnica de sus tropas unidas a una firme voluntad de vencer, compensan con creces la diferencia en efectivos y material."

Que las fuerzas morales se integran "con la instrucción, fomento del espíritu ofensivo, acometividad y abnegación de los cuadros de Mando y su labor en la preparación de sus soldados para el combate".

Y que esta labor de cada día nos incumbe a todos, y su fin, que podrá parecer lejano, por elevado y único, no debemos olvidarlo un instante.